

Género y tercera edad: los hogares encabezados por mujeres ancianas

María Teresa Esquivel Hernández
Cristina Sánchez-Mejorada Fernández*

RESUME.

El presente artículo nos ocupamos de un grupo de mujeres que se encuentra notablemente ausente en los trabajos de género: Las mujeres ancianas. Partimos de considerar que el/ la edad adulta y senecta, la mujer se ve triplemente oprimida y marginada por su condición de género, su condición de clase y por su edad. La mayor esperanza de vida que experimentan las mujeres ha provocado que en las últimas etapas de su ciclo vital sea común que se vean orilladas a enfrentar solas la sobrevivencia de sus hogares. El incremento de hogares jefaturados por mujeres ancianas es un hecho cada vez más patente. La familia se constituye en una institución social básica que tiene un papel fundamental en la vida de la mujer anciana. De ahí que con base en la Encuesta Nacional sobre La Sociodemografía del Envejecimiento en México (ENSE), levantada en 1994 por el CONAPO y el DIF, analicemos las características sociodemográficas de las mujeres ancianas jefas de hogar y de sus familias, distinguiendo [as características que tiene esa relación en los ámbitos rural y urbano.

Introducción

En las últimas décadas, los estudios de género han tomado un lugar fundamental dentro de la investigación en las ciencias sociales. En ellos se ha buscado hacer "visible" el papel de la mujer en nuestra sociedad, tanto en el nivel de su participación

* Profesoras-investigadoras del Departamento de Sociología, UNAM-Azcapotzalco, e investigadoras del Observatorio de la Ciudad de México (OCtM).

económica en los mercados de trabajo, como en el de su rol dentro de la familia o de los movimientos sociales, en los que ha figurado como protagonista fundamental. En el presente trabajo, analizamos un grupo de mujeres que ha estado especialmente olvidado en los diferentes temas que toman la perspectiva de género como eje central: las *mujeres ancianas*. En los grandes contingentes de población que año con año entran a la tercera edad, la presencia femenina es mayoritaria como consecuencia directa de su mayor esperanza de vida. Así, en muchos casos, las mujeres se ven en la necesidad de enfrentar solas la reproducción cotidiana de sus familias en un contexto de fuertes desventajas, no sólo ante su contraparte masculina, sino también ante mujeres más jóvenes.

Es precisamente en el ámbito familiar en que centraremos nuestro interés, ya que consideramos que la familia constituye una instancia fundamental de apoyo para las mujeres de la tercera edad.

De ahí que nuestro objetivo sea identificar las características de las *mujeres ancianas que encabezan un hogar*, su perfil socioeconómico y el papel de la familia que estas mujeres encabezan, en su propio bienestar. Para ello, tomamos como base la información que arroja la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento en México (E SE), levantada en 1994 por el CONAPO y el DIF. Esta encuesta tiene cobertura nacional y se aplicó a la población de 60 años y más que habita en viviendas particulares, tanto en áreas urbanas como rurales. El total de la muestra es de 5,159 cuestionarios válidos. De ellos conformamos nuestra base de datos, considerando sólo a las mujeres jefes de hogar declaradas, resultando un total de 836 mujeres.

1. Mujer y vejez

Tradicionalmente los patrones socioculturales de género) han asignado a la mujer las funciones de cuidadora-nutriz, con base en su función biológica reproductiva. Esta situación provoca que las mujeres carguen con la responsabilidad del mantenimiento, la reproducción y la reposición de la fuerza de trabajo, condiciones que en épocas de crisis se agudizan. El papel de la mujer viene a "sustituir servicios públicos de carácter social que en algún momento fueron proporcionados por organismos gubernamentales, y a suplir con intensificación del trabajo

) Partimos de lo que señala Mercedes Barquet (1994:75): "como categoría de análisis, el género nos permite reconocer cómo, sobre una base de diferenciación biológica, se construyen desigualdades sociales entre mujeres y hombres, que se reflejan en la asignación de identidades y actividades y en la separación de ámbitos de acción dentro del tejido institucional".

doméstico las reducciones en el ingreso familiar, o a complementar esto con trabajo extradoméstico que se añade como una doble jornada" (Barquet, 1994:74).

Se ha enfatizado, asimismo, que la deteriorada situación económica del país se tradujo en un cada vez mayor empobrecimiento de los hogares mexicanos, lo que ha orillado a la mujer a multiplicar esfuerzos, para hacer frente a las necesidades de su familia. Esto contribuyó a que la mujer trascienda el ámbito doméstico, espacio que además se ha identificado como el factor central de su subordinación, e intensifique su participación en el mundo laboral. Como parte de este proceso, se ha señalado también que los nuevos ingresos obtenidos por las mujeres les han permitido mayor poder de decisión dentro de sus hogares, y la construcción de nuevos espacios de negociación no sólo al interior de la familia, sino también en su comunidad. La cada vez mayor presencia de hogares encabezados por mujeres se ha interpretado, en parte, como un resultado palpable de este proceso.

Por otro lado, el envejecimiento de la población humana constituye un dato incontestable de la realidad social contemporánea. La disminución de la fecundidad y el combate a las enfermedades, y con ello el aumento en la esperanza de vida, ha propiciado un aumento nunca antes visto de las personas de la tercera edad. En México, de acuerdo con el último censo de población, el 4.2% es población mayor de 65 años,² es decir 3.4 millones de personas, y se espera que para el año 2030 la población de la tercera edad represente el 8.4%, con un total de 11.6 millones de ancianos (Ham Chande, 1995:695). Sin embargo, como señala Leñero, "la paradoja es evidente: cuando se va logrando alargar más la vida humana -un sueño muy antiguo de la humanidad- la sociedad no parece estar organizada para sacar el mayor fruto a ese logro" (1993: 12). En otras palabras, este gran logro del siglo XX ha ido acompañado de problemas y dificultades tanto desde el punto de vista individual como social, lo que a su vez forma parte de una problemática social de mayor amplitud.

La edad y el envejecimiento se relacionan con fenómenos biológicos, pero los significados de ambos son determinados por la sociedad y la cultura (Hareven, 1978). Así, mientras que en culturas anteriores se valoraba al anciano como fuente de sabiduría y conocimiento, actualmente "la sobrevivencia no le otorga ya la fortaleza y la aptitud, sino que es producto de la tecnología y la salud pública. Al mismo tiempo, la rapidez en la transformación del conocimiento provoca

² Es importante señalar que en diversos trabajos se establece como el inicio de la tercera edad los 65 años: la encuesta que sirvió de base a este trabajo la delimita a partir de los 60 años.

obsolescencias de la experiencia acumulada" (Ham Chande, 1995: 690).

Existe una falta de comprensión relacionada con la inevitabilidad de envejecer. Es común definir al anciano como base de un criterio cronológico y se soslayan las dimensiones psicológica y social. Si bien existen ciertos cambios somáticos y psicológicos asociados con el proceso normal del envejecimiento, por ejemplo la pérdida progresiva de memoria y de las destrezas físicas, la idea misma del envejecimiento es un prejuicio dentro de un sistema de valores que exalta a la juventud como sinónimo de éxito y buena salud física y mental. Los propios ancianos aceptan este proceso normal como una enfermedad y su salud física y mental se ve seriamente afectada por esta situación (Esquivel y Sánchez-Mejorada, 1995: 105).

Entonces, al igual que la división genérica del trabajo, la vejez, como otras etapas del ciclo vital, es también una construcción social e histórica y posee el significado que el modelo cultural vigente da a los procesos biológicos que la caracterizan. Como señala Erickson, "la vejez sólo se 'descubrió' en años recientes -y ello por razones tanto teóricas como históricas- pues requirió por cierto alguna redefinición el hecho de que se descubriera (y que los propios viejos lo descubrieran) que un número *creciente de viejos representan una masa de viejos más bien que una élite de ancianos*" (Erickson, 1985: 11)

Si la vejez como destino biológico es una realidad transhistórica, no es menos cierto que ese destino es vivido de manera variable según el contexto social y a la inversa: el sentido o sinsentido que reviste la vejez en el seno de una sociedad pone a toda ésta en cuestión, pues a través de ella se descubre el sentido o el sinsentido de toda la vida anterior. La vejez no es un hecho estadístico, es la conclusión y la prolongación de un proceso: "un proceso progresivo desfavorable de cambio, ordinariamente ligado al paso del tiempo, que se vuelve perceptible después de la madurez y concluye invariablemente con la muerte" (De Beauvoir, 1980: 11).

Las características sociales, económicas, políticas y religiosas determinadas por condicionantes de clase, raza, etnia y género, deciden la forma como el individuo es dominado por la vejez. Dice Simone de Beauvoir: "un abismo separa al viejo esclavo del viejo eupátrida, a un viejo obrero con una pensión miserable de un Onassis. La diferenciación de la vejez tiene también otras causas; salud, familia, etc. Pero la oposición de explotadores y explotados crea dos categorías de ancianos: una extremadamente vasta, la otra reducida a una pequeña

³ Sobre todo antes de los 70 años, pues en términos generales hasta esa edad las personas empiezan a perder sus facultades y a volverse más dependientes.

minoría" (*Ibid.*), Y nosotros agregamos, además de esas diferencias, que la vejez también se determina a partir de diferencias genéricas; no es lo mismo ser anciana que anciano.

Algunas investigaciones coinciden en que la vejez es una etapa niveladora de los roles. Los hombres comienzan sus vidas con un dominio activo de su entorno y se mueven hacia un dominio pasivo de dependencia a mayor edad, mientras que las mujeres se mueven de un dominio pasivo a un dominio activo de su entorno. El estatus de la mujer anciana se afianza, sobre todo porque domina su entorno informal, dentro del hogar, que es su territorio. Con el correr de los años, las mujeres adquieren seguridad y se sienten más competentes en sus roles que los hombres (Bialik, 1988:564). En contraste, el hombre deja de cumplir con la función que la sociedad le ha asignado; deja de trabajar y por ende deja de ser el sostén económico de la familia; el rol asignado a la mujer, "su vocación de madre y ser para los otros" se reafirma: estará al cuidado del esposo enfermo, de los nietos y se responsabilizará del trabajo doméstico, en general, mientras que los hijos con los que vive y por lo común de los que depende económicamente, salen a trabajar, a divertirse, etc. Los difusos límites entre el trabajo doméstico y extradoméstico se hacen más claros; ellas se quedan dentro y para el hogar; incluso se vuelven parte de los "arreglos" que las mujeres jóvenes tienen que realizar para poder compatibilizar los distintos ámbitos en los que se desarrolla su vida cotidiana.

Sin embargo, si bien en esta etapa de la vida la mujer se siente más competente y satisfecha de su rol que el hombre, las cuentas no son tan favorables, pues ganar en seguridad no significa que termine la relación de subordinación y opresión en la que ha pasado la vida entera. Como diría Rosario Castellanos, "la mujer permanece en los patios interiores, apaga las antorchas, termina la tarea del día. Cuando es joven, hace la reverencia, baila los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguanta a que le den la orden de que se retire" (citada por E. Poniatowska, 1992: 300).

A lo largo de su vida la mujer se ve doblemente explotada, por su condición de género y su condición de clase. La síntesis de esta doble opresión (genérica y económica) se manifiesta de manera permanente en el conjunto de relaciones en que vive y constituye la base de su modo objetivo de existencia. Abarca de manera simultánea y global su vida pública y privada, la casa y el trabajo: las relaciones con el patrón y con el marido, con el padre, con los hijos, con los hermanos, Con los vecinos, con los desconocidos, así como las relaciones con las otras mujeres. Es uno de los núcleos de su auto identidad (Lagarde, 1990: 88).

En la edad adulta y senecta la mujer se ve triplemente oprimida y marginada: por su condición de género, su condición de clase y por su edad. Indistintamente de su lugar de origen, residencia, e inclusive nos referimos a decirlo, de la etnia o clase social a la que pertenezcan tanto las mujeres del campo como las de la ciudad, es siendo *madre posas* como obtienen la atención económica, social emocional y ética del otro. Obtienen el reconocimiento vital a través de la mirada del otro, quien se relaciona con ella a través de su capacidad gratificadora de sus necesidades, como consuelo y como espacio de cuidados. En el intercambio, la mujer da vida a los demás y se da vida allí misma, por la mediación de los otros. Estos elementos que le dan identidad abarcan cada intersticio de su vida; es decir, abarcan a las mujeres particulares, al conjunto de instituciones y de relaciones, creencias y de costumbres que les dan cuerpo. La fuerza vital de las mujeres se aplica siempre a los otros (Lagarde, 1990).

En este sentido, consideramos que esa fuerza vital le permite enfrentar la vejez y la vida de manera diferente. Sus condiciones de vida y en especial su sensación de satisfacción o insatisfacción frente a la misma se encuentran estrechamente vinculadas al tipo de hogar en el que reside y a la posibilidad de ayudar y ver por los otros: su cónyuge, sus hijos, sus nietos.

Los datos estadísticos de este país, y parece ser que del mundo entero, nos muestran que la vejez es una condición peculiarmente femenina, fruto de su mayor supervivencia." En México, Camposortega considera que la esperanza de vida de una mujer de 60 años es de 21.4 años. Si bien la esperanza de vida femenina disminuye conforme avanza su edad, puede evidenciarse una mayor prolongación de su vida en contraste con de los hombres. De ahí que generalmente se encuentren más viudas que viudos, y en conjunto más mujeres ancianas que hombres de tercera edad. En México, en los últimos veinte años se ha incrementado el porcentaje de hogares cuyo jefe es un anciano, sobre todo hogares no nucleares, que alcanzaban para 1970 un 18% y en 1990 un 27.0%. También resalta el aumento de hogares jefaturados por mujeres mayores de 60 años: 23% en 1970 y 26% en 1990 (López, 1993).

Este fuerte incremento de hogares jefaturados por mujeres se debe fundamentalmente a la mayor esperanza de vida de las mujeres y al hecho de que muy pocas viudas se vuelvan a casar. García *et al.*

En diversos estudios internacionales se ha demostrado esto. Por ejemplo, en Canadá la esperanza de vida a los 65 es de 14.9 años y la de las mujeres, de 19.2; en China a esa misma edad se ha calculado que los hombres esperan vivir 12.5 años, mientras que las mujeres 14.6 años (NU. S.F.).

señalan que los hogares encabezados por mujeres "presentan rasgos de estructura interna bastantes diferentes a las familias dirigidas por hombres: generalmente son más pequeñas y su composición de parentesco es mayoritariamente no nuclear" (1989: 169). Estos hogares se caracterizan por arreglos de participación económica distintos a los que predominan entre los hogares con jefes hombres. "Los cambios en la composición de parentesco en las unidades con jefes de diferentes edades, seguramente traen aparejada una organización familiar distinta respecto a la participación económica de los miembros del hogar y respecto al papel que desempeña el trabajo de la mujer en cada arreglo familiar" (García, *et al.* 1982:60). Este hallazgo clarifica la importancia de los arreglos domésticos alternativos al modelo nuclear tradicional (padres e hijos solteros) entre las jefes mujeres; por lo general no existe cónyuge y se incorporan hijos con familia. De esta manera la jefa de familia anciana puede apoyarse en sus hijos o hijas mayores, así como en sus nueras y yernos, para que contribuyan con sus ingresos al sostenimiento del hogar, en tanto que ella ayuda en las tareas domésticas.

Algunos de los factores que señala Chalita (1992) afectan positivamente el éxito de los grupos encabezados por una mujer, y suponemos que pueden convertirse también en una estrategia de la anciana y de su propia familia para enfrentar los problemas derivados de la senectud. Vivir en familia y en especial en familias extensas permite: a) la presencia de salarios adicionales alternativos (particularmente si se trata de un miembro masculino); b) la presencia de otras mujeres capaces de asumir los papeles reproductivos y comunitarios o a la inversa, remunerados en tanto que la anciana realiza los domésticos; e) disminuir la carga de dependencia tanto económica como física y social, distribuyendo y cambiando las tareas entre los distintos miembros, y d) la posibilidad de compañía y atención (Chalita, 1992:).

A partir de lo anterior nos interesa conocer las condiciones socio-demográficas y económicas de las mujeres ancianas sobre las que recae la jefatura del hogar. *Jefes de hogar* no sólo porque se han hecho responsables del sostenimiento económico del mismo, sino porque el informante la reconoció como jefe de familia *de jure* o declarada.⁵

Finalmente, consideramos que la familia de la que forma parte la anciana constituye un ámbito fundamental que condiciona su forma de vida, " suponemos que en tanto que las que viven en ámbitos urbanos

5 "Con el concepto de *jefatura declarada de hogar*, el entrevistador le pide al informante que identifique al miembro de la unidad doméstica que es reconocido como jefe por los demás miembros del hogar" (Acosta, 1995:556).

(. A raíz del desarrollo capitalista y la urbanización, "la transferencia de la producción social hacia el exterior de la unidad doméstica y la destrucción de la economía familiar ocasionaron la

tienen mayores oportunidades y condiciones socioeconómicas más ventajosas, las que viven en ámbitos rurales se encuentran formando parte activa de sus hogares y, por lo tanto, están menos aisladas y quizá experimentan más satisfacción con sus vidas: "en el medio rural, los viejos no sólo son mantenidos, protegidos y cuidados, sino que también, según sus capacidades, contribuyen a la subsistencia y cuidado de la familia. El viejo, por lo tanto, vive en un ambiente en el cual mantiene su posición, es respetado y reconocido; puede satisfacer sus necesidades emotivas y psicológicas y mantiene un sentido de pertenencia al grupo. El viejo es parte integral de la familia y sus necesidades son parte de las necesidades de la familia. Al retirarse gradualmente de sus obligaciones y responsabilidades, el viejo es rodeado de prestigio social y considerado como integrante importante de la comunidad" (Arango, 1992: 15).

2. Características sociodemográficas de las mujeres encuestadas

Desde su nacimiento y aun antes, las mujeres forman parte de una historia que las conforma como madres y esposas. La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, la clase social o la definición nacional, religiosa o política de las mujeres (Lagarde, 1990:349). No nos sorprende, entonces, que entre las 2,759 mujeres encuestadas el 44% corresponda a mujeres con cónyuge (casadas o en unión libre) y que tan sólo el 6.4% de las mujeres de la tercera edad sean solteras. La mitad de las ancianas vivieron una relación conyugal y ahora se encuentran sin cónyuge, sea por abandono o separación las menos, o por viudez las más (cuadro 1).

Es importante apuntar que el concepto de "jefe de hogar" supone generalmente que al interior del hogar exista una relación jerárquica entre los miembros, que el jefe sea la persona más importante de la familia y que esté regularmente presente en el hogar; que sea el miembro con mayor autoridad en la toma de decisiones para la familia y el principal soporte del hogar. Ese concepto, desde luego, no es entendido ni aplicado en forma homogénea paralela entre hombres y mujeres; es decir, mientras que hablar de hogares con jefes mujeres implica generalmente la ausencia de la pareja masculina, referirse a

separación entre las esferas productiva y reproductiva. La adaptación de la familia a nuevas condiciones de existencia se llevó a cabo a través del fortalecimiento de la división sexual del trabajo: los hombres, en actividades destinadas a la producción social desarrolladas en el espacio público de las fábricas; la mujer, en el espacio privado de la familia e identificada con el trabajo reproductivo" (López Cavalcanti, 1990:58).

Cuadro 1
Total de mujeres de la encuesta, por estado civil

<i>Estado Civil</i>	<i>Total de mujeres encuestadas</i>		
	<i>Rural</i>	<i>Urbana</i>	<i>Total</i>
	%	%	%
U. Libre	3.4	2.3	2.6
Casada	44.5	40.1	41.5
Separada	3.4	5.5	4.9
Divorciada	0.7	1.1	1.2
Viuda	40.5	44.8	43.5
Soltera	7.5	5.9	6.6
Total	100	100%	100%
	%	1897	2789
	862		

Fuente: ENSE, 1994. CONAPO/DIF.

una jefatura de hogar masculina supone que la pareja femenina esté presente en el hogar? (Acosta, 1995:95).

Sobre una base de diferenciación biológica se construyen desigualdades sociales entre mujeres y hombres, que se reflejan en la asignación de identidades y actividades y en la separación de ámbitos de acción. A esto le corresponde una designación de valor simbólico distinto, donde lo masculino cobra preeminencia sobre lo femenino, lo que se traduce en un acceso desigual al poder y una jerarquización de las relaciones entre éstos (Barquet, 1994). Se aceptan así, en forma consciente o inconsciente, las relaciones de subordinación mediante la internalización de las normas y valores sociales que asumen la 'naturalidad de la inferioridad femenina.

Por su situación de opresión siempre relegada a segundo plano, difícilmente va a ser reconocida como jefe de hogar cuando se encuentra casada y, más aún, aunque no exista el cónyuge. Así, encontramos que sólo el 30.3% de las mujeres de la encuesta son jefes de hogar; de éstas, el 27.7% en el ámbito rural y el resto en el urbano. Independientemente del ámbito donde se desenvuelvan el 17.3% son viudas, y en promedio quedaron viudas a los 53 años. En el área rural son un poco más las que dijeron tener cónyuge (9.1 % frente a 5.8%), pero

⁷ De acuerdo con la misma encuesta aplicada a los hombres, el 75.5% de 2374 casos se encontraba casado o unido, el 25% restante no tenía pareja y en el 90% de los casos él era el jefe del hogar.

Cuadro 2
Mujeres jefes de hogar por estado civil

Estado Civil	Mujeres jefes de hogar		
	Rural %	Urbana %	Total %
U. Libre	0.4	0.3	0.4
Casada	8.7	5.5	6.4
Separada	7.8	10.6	9.8
Divorciada	0.9	2.5	2.0
Viuda	73.9	73.0	73.2
Soltera	8.3	8.1	8.2
Total	100%	100%	100
	232	604	836

fuente: ENSE. 1991. CONAPO/DIF.

son menos las separadas o divorciadas (8.7%) que en el área urbana (13.1 %) (cuadro 2).

Tradicionalmente se ha observado que la situación de opresión y falta de reconocimiento que vive la mujer es todavía mucho más dramática para aquella que radica en el ámbito rural, en donde el ciclo de vida, el patrón de residencia y, desde luego, la jefatura del hogar, se estructuran alrededor del control y transmisión hereditaria de la tierra, la que siempre es legada a los hijos varones. La posición de las mujeres del campo con respecto a la jerarquía de autoridad también varía según la etapa del ciclo doméstico en el que se encuentren, de acuerdo con su edad y estado civil, pero la trayectoria femenina no es la misma que la masculina. La abrumadora mayoría de las mujeres nunca llega a ser reconocida como jefe de hogar, ni a controlar una porción importante de los recursos más valiosos. Mientras haya un hombre jefe de hogar por encima de ellas (padre, suegro, esposo), valdrá aquello de que "no se mandan solas". Pueden, sin embargo, influir sobre las decisiones y tener control sobre sus hijos y nueras cuando ocupan el lugar de esposas del jefe (González, 1991 :236).

Si, como decíamos antes, la mujer se reproduce siendo *madresposa*, como ser de otros, al dar vida a los otros, al cuidar, alimentar, amamantar, ser la testigo y la vigía de sus vidas etc., es natural que el 92% de la muestra haya tenido alguna relación conyugal (sólo el 8% se dice soltera) y que el 91 % haya tenido hijos. La explicación que encontramos en relación con que prácticamente no existe diferencia -como en otros indicadores- entre el número de hijos nacidos vivos en un ámbito

y otro (5.9 en el rural y 5.5 en el urbano) radica en que la gran mayoría de estas mujeres y sus cónyuges nacieron cuando México era predominantemente rural, y aunque ahora residan en zonas urbanas, conservan los valores y actitudes que les transmitieron sus padres, además de que vivieron su etapa de fecundidad en una época en que no había ninguna política de control de la natalidad.

La residencia posmarital patrivirilocal y la herencia predominantemente patrilineal están ampliamente extendidas en el México campesino y en los asentamientos urbano-populares. Puede suponerse que la persistencia de este patrón residencial, en comunidades en que la herencia de la tierra es secundaria para la economía doméstica, se deba, sobre todo, al papel que este tipo de residencia tiene en la preservación de una jerarquía de autoridad que privilegia al hombre y subordina a la mujer. El hecho de que sea la mujer la que se traslade implica que es ella quien debe adaptarse a vivir en un hogar que no es el propio, y que tiene un jefe de familia al que ella debe someterse como antes lo hizo con sus padres y como también lo harán sus nueras. Se dice que la mujer "se fue de nuera, a servir a casa de fulano (su suegro)" (González, 1991). Las ahora mujeres ancianas estuvieron subordinadas en su juventud a sus suegros y la suegra las dirigía en sus actividades domésticas; ahora ellas hacen lo mismo con sus nueras.

El establecimiento de un hogar propio marca el comienzo de una nueva etapa para la mujer. Por primera vez deja de estar sometida a la autoridad de la generación anterior. Su esposo es el jefe, pero ella puede encontrar la manera de influir sobre sus decisiones. Su autoridad se ampliará cuando sus hijos traigan nueras a la casa (*Ibid.*), lo que ocurre bastante pronto en el ciclo de vida de las mujeres, puesto que en promedio se casan a los 17 años. La mayoría de estas mujeres, ya ancianas, son ahora las dueñas de la casa donde viven, especialmente si no tienen cónyuge y viven en el área rural (71 %). Entre las jefes de hogar del área urbana esta proporción disminuye hasta el 63%. Con cónyuge, pero ya sin suegros, el 57% se considera dueña de la casa.

En términos generales la movilidad residencial es muy baja. Resulta interesante que desde que se casaron el 59% de las jefes de hogar en el área rural y 45% en el área urbana, siempre han vivido en el mismo lugar y poco más del 30% lleva más de diez años residiendo ahí. Los motivos que llevaron a las mujeres a cambiarse de domicilio varían de un ámbito a otro. En el rural lo hicieron porque se casaron o por el trabajo principalmente, aunque también un porcentaje consi-

x "Al anciano, además de gustarle su barrio ... le gusta su casa, en la que guarda sus viejos recuerdos y sus viejos muebles" (Casals, 1982:94).

derable lo hizo por necesidad de cuidados y problemas económicos. En el ámbito urbano este último es uno de los motivos que las orilló al cambio, aunque el más importante es haber adquirido el bien inmueble.

A nadie escapa el hecho de que a raíz de la crisis económica y los programas gubernamentales de ajuste, en los hogares mexicanos se han tenido que establecer una serie de arreglos intrafamiliares que ayuden a generar ingresos. En particular, el deterioro de los niveles de vida de las familias mexicanas de menores ingresos, producto de la caída acumulada de los ingresos reales durante varios años y la escasez de empleo masculino, además de una dinámica de incorporación femenina a las actividades extradomésticas, sugieren que se ha incrementado la responsabilidad económica de la mujer en estos hogares (Acosta, 1994:91). El ciclo vital de la familia también es importante. En estudios como los de De Oliveira (1990), se ha comprobado que las mujeres participan más en el mercado de trabajo cuando sus hogares se encuentran en etapas más avanzadas del ciclo vital.

En el caso de las mujeres encuestadas el 67% se dedica al hogar; el 20%, independientemente del ámbito donde radique, realiza alguna actividad remunerada, y el resto cuenta con una pensión, jubilación o renta con la que se ayuda económicamente. Hay que destacar que entre las mujeres de esas edades que tienen cónyuge, sólo el 5.5% declaró realizar un trabajo remunerado. De las 178 jefes de hogar que desempeñan un trabajo remunerado, el 27% viven en el área rural y 73% en el área urbana. y realizan las siguientes actividades:

Cuadro 3
Actividades remuneradas que realizan las jefes de hogar

<i>Actividad que realizan</i>	<i>Rural</i>	<i>Urbana</i>
	%	%
Jornaleras o peones	20	4
Empleadas u obreras	11	18
Actividades del campo (por su cuenta)	7	
Otro tipo de actividades (por su cuenta)	41	46
Empleada doméstica	7	14
Patrona o empresaria		7
Trabajadora sin pago en empresa familiar	4	4
Otros	10	7
Total	100%	100%
	44	134

Fue/He: ENSE, 1994. CONAPO, México.

La mayoría de las jefes de hogar del área rural realizan actividades agrícolas (37%) y el 21 % se ubica en el comercio formal. Para complementar esto podemos señalar, siguiendo a Josefina Aranda (1995), que dos rasgos han caracterizado el ingreso de las mujeres campesinas a las actividades económicas: por un lado, su desempeño en una gran variedad de ocupaciones; como productoras (con un escasísimo o nulo reconocimiento), asalariadas agrícolas, obreras de microindustrias, trabajadoras domiciliarias, pequeñas comerciantes, trabajadoras por cuenta propia, trabajadoras domésticas, artesanas, vendedoras ambulantes, obreras de maquiladoras, etc., y por el otro, la diversidad de formas que adquiere su integración al trabajo asalariado. Aquí se distinguen:

1) La que se da cuando la familia vende su fuerza de trabajo en la localidad y las mujeres laboran en faenas agrícolas o en empleos eventuales, casi siempre relacionados con el trabajo doméstico.

2) La que se lleva a cabo como trabajadora domiciliaria, básicamente maquila de costura y ensamblaje de distintas mercancías.

3) Aquélla consistente en el trabajo migratorio hacia las regiones de agricultura capitalista, generalmente en recorridos cíclicos durante el año en los que participa la mayor parte de la familia; y

4) La que tiene lugar cuando se ocupa en la agroindustria, ya sea de la propia región o fuera de ella.

Lamentablemente, señala Josefina Aranda, podemos constatar que la contribución económica de las mujeres no se ha traducido en un mejoramiento de su posición con respecto al acceso y el control de los recursos generados por ellas, o en cambios en la distribución del trabajo doméstico o los patrones familiares de autoridad. En cambio, esa contribución sí ha representado sobrecargas absolutas de trabajo, ya que ahora las mujeres se desempeñan en el trabajo asalariado, en el doméstico y/o en la producción agrícola campesina, y algunas en el trabajo organizativo. Esta reflexión, desde luego, se puede hacer extensiva para las mujeres que residen en ámbitos urbanos.

Al hacer referencia a la participación laboral de la mujer en el México urbano, Mercedes Blanco (1995) señala que diversos estudios han reseñado el impacto negativo sobre el crecimiento industrial, debido a la crisis económica que caracterizó a la década de los ochenta, la cual afectó el empleo masculino en esta rama (sobre todo en la industria de la transformación). Como contraparte, las mujeres han encontrado una fuente de trabajo en las plantas maquiladoras instaladas en el país. A pesar de lo anterior, ha sido el sector terciario o de los servicios el que realmente absorbió más mano de obra. Hay que enfatizar que una buena parte del aumento de la participación económica femenina se ha presentado en el trabajo no asalariado, lo cual se

vincula sobre todo a las formas de autoempleo que surgen como estrategias de sobrevivencia ante una crisis que se agudizó en los noventa, con su consecuente pérdida de poder adquisitivo. El autoempleo presenta, a su vez, un abanico de posibilidades que van desde el comercio ambulante hasta las actividades por cuenta propia, que implican la instalación de pequeños establecimientos. Tres cuartas partes de las jefas de hogar urbanas laboran en el sector terciario y de éstas, el 20% lo hace en el comercio formal, el 12% en el informal, otro porcentaje igual trabaja por su cuenta y el 22% se desempeña como empleadas domésticas.

La mujer que se incorpora al mercado de trabajo lo hace en condiciones mucho más desfavorables que las del hombre, con remuneraciones escasas y con total ausencia de beneficios sociales, situación doblemente grave para la mujer del campo y algunos sectores de la ciudad, con niveles más bajos de escolaridad, insuficiente o nula calificación laboral y una serie de condicionantes y prejuicios culturales. La Señora Lisa cursó hasta tercero de primaria, aunque le hubiera gustado seguir estudiando. No pudo porque "mi mamá quería dedicarnos al quehacer; había la posibilidad de seguir estudiando, pero no le gustaba que las mujeres estudiaran. Me dediqué al quehacer de la casa, también al campo y a andar trabajando en otras casas" (Sánchez-Mejorada y Torres, 1991: 182).

Tradicionalmente el campo se ha mantenido rezagado en cuanto a los niveles de instrucción, dado que el alfabetismo varía según la urbanización y los niveles de desarrollo regional. Diversas investigaciones han demostrado que incluso en la actualidad predomina la pobreza y la marginación: las niñas y las mujeres tienen en general niveles de educación más bajos que los niños y que los hombres, debido a factores tales como la insuficiencia de recursos. El hombre es quien debe estudiar: "al fin y al cabo que la mujer se va a casar; ¿para qué quiere estudiar?". Si la madre está enferma o no se da abasto con el trabajo doméstico, ella es quien le ayuda; o no se puede ir sola a escuelas alejadas, etc. ¿Qué podemos esperar, entonces, del nivel de instrucción de las mujeres que nacieron hace más de 60 años? El 70% de las jefas de hogar que radican en el área urbana saben al menos leer y escribir, y prácticamente la mitad cursaron la primaria, mientras que en el área rural el 57% no sabe leer ni escribir y de las que sí están alfabetizadas, el 60% no tiene estudios. Se trata de mujeres senectas, cansadas y sin calificación para obtener un empleo más o menos remunerado, cuando lo logran obtener.

Sin embargo, la información existente revela que son las mujeres casadas y en edades intermedias, así como las mujeres ancianas (justo cuando se deberían de retirar del trabajo) solas o con hijos, las que han

tenido que salir a buscar trabajo para asegurar los ingresos que permitan su manutención cotidiana y de la familia. Este nuevo fenómeno (antes las mujeres que trabajaban eran fundamentalmente jóvenes y solteras) se acompaña de la puesta en práctica, por parte de los individuos y de las familias, de otras estrategias para enfrentar la crisis económica, tales como los niveles de autoexplotación de la fuerza de trabajo, el descenso del consumo, el incremento en la producción de bienes para el autoconsumo y también la activación de redes sociales y el intercambio recíproco. Es por ello que la mayor participación de las mujeres en los mercados de trabajo no supone en muchos casos una mejoría en los niveles de bienestar personales y familiares, sino que más bien es reflejo de la necesidad de complementar los deteriorados ingresos familiares de buena parte de los hogares mexicanos; y a veces representan el único sustento (Blanco, 1995: 11).

En los estudios y análisis demográficos se ha utilizado una definición estadística de la vejez que selecciona ciertas edades como el punto en el que empieza esta etapa de la vida, con objeto de establecer programas de jubilación y seguridad social. En la mayoría de los países, las edades entre 60 y 65 años marcan el principio de dicha etapa. En México se ha estipulado la jubilación a los 60 años.

Un hecho decisivo que marca en las actuales sociedades industrializadas uno de los puntos de inflexión entre la edad adulta y la vejez, es el cese de la inserción laboral, materializado a través de la jubilación. En una cultura estructurada a partir del trabajo productivo fuera de la unidad doméstica, la entrada y la salida al mundo laboral plantea cambios importantes en el ciclo de vida, contribuyendo a establecer las grandes transiciones de la biografía personal (Redondo, 1990).

No obstante, ésta no es la realidad de las mujeres, al menos no de la mayoría de las que estamos estudiando, puesto que en proporción son pocas las que trabajan y alrededor de las tres cuartas partes lo hace de manera informal y en condiciones tan desventajosas, que lo que marca el retiro no es la edad, sino fundamentalmente sus condiciones de salud. En efecto, las jefes de hogar que dejaron de trabajar lo hicieron fundamentalmente por razones de salud y/o por razones de la propia edad, porcentaje que representa más de la mitad para las ancianas que radican en áreas rurales (68%) y el 32% para las de las urbanas. Contraer matrimonio tiene más impacto sobre las mujeres de las áreas urbanas, pues para el 18% (15% en el campo) esa fue la razón por la cual dejaron de percibir ingresos. Una diferencia substancial lo constituye la posibilidad de contar con una pensión de viudez o jubilación, condiciones laborales a las que por su tipo de actividad, no tienen derecho la mayoría de nuestras mujeres (sólo 78 de las ancianas jefes de hogar disponen de esta prestación). Además, por ser más

característica del mercado laboral urbano formal, 18% recibe este apoyo en el área urbana y sólo el 7% en la rural.

La división social del trabajo por sexo ha hecho que la fuente de identidad social de la mujer esté fundamentalmente ligada a su posición en el ámbito familiar, y en particular en relación con las distintas etapas del ciclo familiar. La estrecha relación del ciclo familiar con el curso de vida femenino es más evidente en sociedades donde el ámbito familiar continúa siendo el contexto social al que todavía se limita la participación social de la mayoría de la población femenina (Ojeda, 1989:41). De esta suerte es que el problema de la vejez en las mujeres se agudiza porque la mayor parte de ellas laboró toda su vida para permitir que su cónyuge e hijos se desarrollaran, trabajo doméstico al que no se le han reconocido derechos propios por carecer de remuneración, y mucho menos la posibilidad de una jubilación.

¿De qué viven entonces estas mujeres? Aunque, como hemos señalado, las personas que respondieron la encuesta las reconocieron como jefes de hogar, la gran mayoría de estas mujeres dependen de la buena voluntad de algún familiar, principalmente los hijos. El 37% se mantiene con recursos (en dinero o en especie) que le ofrecen sus hijos o la familia con la que vive, y en un 20% de familiares que no viven con ella. Con su sueldo viven el 14% y con la ayuda de una pensión el 1% en el área urbana, y 3% en la rural. Es tan sólo una cuarta parte la que recibe un ingreso extra del ya señalado, que por lo general proviene del familiar con el que reside, casi siempre un hijo. Las jefes de hogar rurales reciben más ayuda de otros familiares (31 %) -que no son los hijos- en comparación con las de las áreas urbanas. En algunas ocasiones el ingreso complementario para estas mujeres proviene de la renta de algún bien (10%), de ahorros (7%) y de pensiones (11%).

Las condiciones de extrema pobreza en las que viven las mujeres jefes de hogar ancianas es terrible, en especial las del área rural, en donde el 24% (en la urbana este porcentaje baja a 9.5) declaró no tener otro "ingreso" que los alimentos y lo que buenamente le ofrecen. El 59% de las restantes dijo contar con menos de 500 pesos al mes (un salario mínimo) y un 20% en el área urbana y un 11 % en la rural pueden disponer hasta de 1,000 pesos mensuales. En las ciudades es donde se encontró un 10% de jefes de hogar que recibe más de 1,000 pesos."

Así como la sociedad ha determinado los roles para hombres y mujeres, también ha determinado el papel que éstos jugarán al alcan-

9 El salario mínimo nominal mensual en 1994 era de 419.10 pesos.



zar una determinada edad (*envejecimiento sociogénico*). Algunos de los cambios que deja este envejecimiento son los siguientes: la reducción de la percepción económica (59% cuenta con menos de 500 pesos mensuales), la pérdida del empleo (el 32% lo perdieron), olvido por parte de familiares y amigos (26 % viven solas); cambios de residencia (20%), más una deteriorada autoimagen. Aun los senectos con adecuados medios físicos y financieros, inevitablemente enfrentan el problema de la pérdida social, al mermarse sus derechos y responsabilidades adjudicados a ciertos roles (en el trabajo, en el hogar, en el ámbito social), así como contactos personales que facilitan la ruptura en la homeóstasis del individuo (Bialik, 1988:563).

De acuerdo con esta autora, las pérdidas personales se incrementan con la edad, de la siguiente forma: de 50 a 64 años, los hijos se van del hogar; la persona que tiene un trabajo remunerado está a punto de ser retirada del mismo; de 65 a 74 años, la pérdida del trabajo, cónyuge y amigos, y más bajo ingreso; empieza a bajar la autoestima; de 75 a 84 años se da un aumento en la pérdida de actividad sensorial, la salud, la fuerza y la independencia; de 85 o más, pérdida importante de la salud y la independencia.

Para las mujeres vinculadas fundamentalmente al ámbito doméstico, los eventos que marcan ese tránsito a la vejez son el casamiento o la salida de los hijos del hogar, el reencuentro en soledad con la pareja conyugal: "el nido vacío". Por otro lado, el casamiento de los hijos constituye la culminación de progresivas transformaciones de la unidad familiar, iniciadas a partir del crecimiento e independencia de la prole, coincidiendo generalmente con la conclusión de la etapa de la reproducción biológica y la socialización primaria dentro del ciclo de vida familiar. Ya sea que constituyan su residencia de manera independiente o que cohabiten con sus padres -situación que se presenta con más frecuencia en los ámbitos rurales-, los hijos casados significan una modificación importante en la organización cotidiana de la unidad doméstica (Redondo, 1990).

La disminución de las obligaciones, el estrechamiento en el rango de las decisiones y la alteración de la estructura jerárquica dentro de la unidad, parecerían ser los aspectos más sobresalientes de esta transformación, que en no pocos casos culmina con la consecuente muerte del cónyuge. Pérdida de las obligaciones laborales y disminución de las responsabilidades domésticas signan, pues, la última gran transición de la biografía personal. Unas y otras afectan de manera diferencial a hombres y mujeres, pero tienen como común denominador que ponen a disposición del sujeto una enorme masa de tiempo libre cuya ocupación (o no ocupación) constituirá el eje de una nueva práctica social (*Ibid.*).

La misión que la sociedad le ha encomendado a la mujer es velar por la reproducción biológica y social de las nuevas generaciones, además de proporcionar las bases en los procesos de socialización de los infantes y cuidar de familiares y enfermos. Debe de estar atenta por lo tanto, a los requerimientos domésticos de la fuerza de trabajo: de los proveedores materiales de la familia.

De esta suerte, la mujer cobra preponderancia en el ámbito doméstico y en él se convierten indispensables su presencia y su trabajo. Y aunque el trabajo y la presencia femenina en el hogar son subsumidos por la cotidianidad, las devaluaciones sociales y personales y el aislamiento, es casi inexistente el reconocimiento a su trabajo y entrega, y sus esfuerzos son vistos como "algo natural y necesario"; el saber que ayuda y su actitud abnegada y sacrificada tienen sentido en la medida en que es y hace algo por y para los otros. Pero cuando esto se acaba porque el marido y los hijos se van, su vida deja de tener sentido. Por ello debe buscar mecanismos diferentes que le permitan mantener su autoestima, convirtiéndose en proveedora de atención a sus nietos, su cónyuge y sus padres aún más ancianos, y en general a toda la familia.

Resulta difícil para una anciana prestar ayuda física (acompañar al médico, ayudar a algún enfermo a caminar, bañarse, etc.), de ahí que sólo el 9% lo haga. No es el caso de la ayuda doméstica, ya que el 43% de las ancianas ayuda a realizar este tipo de tareas y más de las tres cuartas partes lo hace diariamente. Esta ayuda doméstica se otorga fundamentalmente a los hijos, que representan el 63% en el área rural y 68% en la urbana. En el área rural la proporción disminuye porque también se ayuda a los nietos y a los hermanos, principalmente. En el área urbana, después de los hijos quienes más ocupan la atención de las jefes de hogar son sus padres. El 29% ayuda ofreciéndoles la comida diariamente a familiares; de nueva cuenta se trata fundamentalmente de los hijos -riaturales o políticos-, aunque también se ofrece alimento a hermanos y nietos y desde luego al cónyuge, en los pocos casos donde existe. Por la precariedad de sus recursos, difícilmente pueden ofrecer ayuda económica. En el área rural lo hace sólo el 8% y en la urbana el 6%; en todos los casos la ayuda es para algún hijo.

En términos generales el apoyo es recíproco. Sólo el 6.5 de las jefes de hogar dijo ayudar a personas de quienes no recibe ayuda. Esta práctica es más frecuente en la ciudad, en donde además de los familiares cercanos, se ayuda a amigos o personas sin parentesco. El apoyo se brinda principalmente a personas solteras y consiste fundamentalmente en ayuda alimenticia.



3. Las ancianas y sus hogares

"La familia, cualquiera que sea su forma, es por lo común, fuente de ayuda importante para los viejos en términos de relaciones familiares, en la administración del hogar, los oficios domésticos; asistencia en términos de ciertas formas de atención de la salud, en especial a corto plazo y en el establecimiento de contactos con servicios que funcionan en las esferas de la salud, seguridad, producción y recreación, o sea en las funciones de enlace" (Arango, 1992: 15). Mucho se ha señalado acerca del impacto que el proceso de modernización social ha traído sobre la familia, al regresarle a ésta parte de su rol social de apoyo y asistencia a los ancianos, que había sido asumido por el Estado.

De ahí que un elemento central de nuestro análisis sea el conocer las características del hogar que encabeza la anciana, ya que en función de éstas, ¹⁰ será la forma de vida que lleve, su rol al interior del hogar y, principalmente, el apoyo que pueda, en un momento determinado, recibir de su familia. Se ha afirmado que las nuevas condiciones creadas por la expansión capitalista han redefinido el papel de la familia, conformando situaciones diferentes según se trate de familias rurales o urbanas. En las primeras, la anciana conserva su estatus, al menos simbólico, de jefe de familia; continúa vinculada a su medio ambiente y rodeada de sus hijos y nietos. En las comunidades rurales, la familia sigue siendo un espacio de producción y de reproducción. Las nuevas generaciones migran a las zonas urbanas, dejando en el campo a las generaciones de mayor edad, y aunque la jefe de familia pueda ser suplantada por algún hijo que dirija la actividad, el proceso es lento e imperceptible y el paso de la actividad a la inactividad no se da de manera tajante (Casals, 1982:82).

Como ya se señaló, el sistema de tenencia de la tierra y la vivienda en las zonas rurales son fundamentales para el rol ocupacional que desempeñará la mujer anciana, ya que ésta debe continuar durante la vejez cumpliendo su rol productivo, y cuando se queda sola es quien asume la responsabilidad económica de la familia, en compañía de sus hijos varones o parientes que convivan con ella. Como no existe el problema de la jubilación o retiro, la mujer anciana, de acuerdo con sus condiciones físicas, es una persona activa, útil, no dependiente que

¹⁰ Hemos clasificado los hogares de acuerdo con la siguiente tipología: *unipersonal* (los constituidos por una sola persona, en este caso la mujer anciana); *nuclear con hijos* (aquéllos que cuentan con cónyuge y con hijos); *nuclear sin hijos* (son en los que están la jefe del hogar y su cónyuge); *nuclear monoparental* (la mujer jefe de hogar y sus hijos); *extendido* (hogares que cuentan o no con núcleo, pero que han incorporado otros parientes como hermanos, padres, yernos, abuelos o nietos); y finalmente los hogares *compuestos* (aquéllos en los que existe un miembro que no tiene relación de parentesco, como puede ser un huésped, un sirviente, un amigo, etc.).

seguirá produciendo siempre y cuando las posibilidades del entorno se lo permitan; tanto la tierra como la vivienda son la base económica y social para su vida afectiva, emocional, sentido de pertenencia estabilidad y seguridad (Arango, 1992: 10).¹

En las ciudades, por el contrario, la desaparición de la actividad laboral de la anciana se presenta a medida que la persona envejece. Los hijos abandonan el hogar y, con frecuencia, cuando llega la jubilación (si es que el anciano goza con la fortuna de poder jubilarse), ésta es tan precaria que los recursos económicos se ven fuertemente menguados y se crea una dependencia del viejo frente a sus hijos y familiares. De ahí que se haya sugerido (Casals, 1982:79) que el papel del anciano y de la anciana dentro de la estructura familiar esté en crisis, debido fundamentalmente a que no existe un papel social claro.

Así, el rol que puede jugar la familia en el bienestar de la anciana es fundamental. La vida emocional de las mujeres senectas depende significativamente de la convivencia y armonía con sus seres queridos,

y de un ajuste sano a la vida en sociedad. De acuerdo con el tipo de familia es como la anciana tendrá una función importante que cumplir, lo que redundará en su satisfacción ante la vida. Como ya se mencionó, para el caso de la anciana, tanto en el campo como en la ciudad, su condición de género le permite una mejor adaptación y una mayor funcionalidad, ya que ésta continúa desempeñando en el interior del hogar las tareas domésticas que a lo largo de su vida aprendió; a ver por los otros como una tarea que prolonga su maternidad. Por ello el impacto de la vejez puede ser radicalmente diferente. La mujer anciana tiene centrada su atención en las relaciones de familia; este lazo familiar es importante tanto para los aspectos emotivos, como para los intercambios de servicios y apoyos económicos entre los miembros.

En México es muy arraigada la tradición de la convivencia de los ancianos, y especialmente las ancianas, con su familia directa, y en ocasiones con otros familiares cercanos, como consecuencia de patrones culturales que fortalecen la solidaridad familiar, además de la escasez de instituciones asistenciales de tipo gerontológico. Sin embargo, es importante apuntar que muchos ancianos que viven con los miembros de la familia son su sostén principal y realizan un sinnúmero de tareas como compras, cuidado y crianza de los niños, manejo de la casa, y cuidado de animales, contribuyendo así al sostenimiento cotidiano de la unidad familiar.

Se ha señalado también que la familia extensa, conformada por tres generaciones, es la que cuenta con las mayores posibilidades de brindar al anciano ayuda y un elevado estatus; sin embargo, también se ha apuntado que este tipo de familia está siendo reemplazada por la familia nuclear (integrada sólo por los cónyuges y los hijos) o por

la familia monoparental (conformada por uno de los cónyuges y sus hijos). No obstante, los datos apuntan a que las mujeres ancianas jefes de hogar viven mayoritariamente en hogares extendidos (38.6%). Este tipo de hogares es mayor en las áreas urbanas (40.2%) que en el campo (34.5%), situación que puede estar asociada a diferentes causas como la crisis económica y la escasez de vivienda en las ciudades, lo que propicia la necesidad de compartir el espacio habitacional no sólo con los hijos, sino con otros parientes. En muchas ocasiones, esta condición puede ser especialmente conflictiva, ya que en el interior de las familias no siempre se dan relaciones de armonía. Cuando hay problemas de salud o estrechez económica, surgen fuertes conflictos en los que las ancianas se ven fuertemente afectadas. ASÍ, mientras más independiente en lo económico y más saludable sea la senecta, sus relaciones interpersonales serán mejores. También se relaciona mejor con la gente cuando siente que se le necesita y es capaz de dar y recibir (Arrijoja, 1985 :92).

El 22.7% de las ancianas jefes de hogar residen solas con sus hijos. Este tipo de hogares nucleares monoparentales tiene más peso en la ciudad (25%) que en las áreas rurales (16.8%). Un importante número de ancianas viven solas (26.2%) y se da una mayor prevalencia de estos hogares unipersonales en el campo que en la ciudad (34.9 y 22.7%, respectivamente). Este tipo de hogar es especialmente frágil, ya que la mujer no cuenta con soportes familiares que la apoyen y es común encontrar problemas de soledad, enfermedad y pobreza (cuadro 4).

Llama la atención que el 3% de las mujeres jefes de hogar tenga cónyuge; de éstas, el 1.7% viven además con sus hijos y el 1.3% en hogares de la etapa de "nido vacío", es decir, cuando los cónyuges se han quedado solos. En estos hogares con cónyuge, seguramente se trata de hombres que se encuentran incapacitados, ya que por lo general se acostumbra designar como jefe al hombre, de acuerdo con la cultura patriarcal que impera en nuestra sociedad (cuadro 4).

Se ha señalado que la estructura de los hogares encabezados por mujeres es muy diferente a las familias dirigidas por hombres, ya que generalmente son más pequeñas. Las familias rurales tienden a tener en promedio mayor tamaño que las urbanas. Sin embargo, esto no es así para todos los tipos de hogares. En la ciudad, los hogares extendidos alcanzan los 5.2 miembros, mientras que en el área rural registran 4.6; en contraste, los hogares monoparentales son de mayor tamaño en las áreas urbanas (3.26) que en el campo (3.0).

Como ya se apuntó antes, el promedio de hijos nacidos vivos de las mujeres ancianas jefes de hogar es muy parecido en zonas urbanas y rurales, y se explica porque los patrones reproductivos para estas

Cuadro 4
Tipo de familia, según dominio rural y urbano

<i>Tipo defamilia</i>	<i>Total</i>	<i>Rural</i>	<i>Urbano</i>
	%	%	%
Un ipersonal	26.2	34.9	22.7
Nuclear con hijos	1.7	2.2	1.5
Nuclear sin hijos	1.3	2.2	1.0
Nuclear monoparental	22.7	16.8	25.0
Extendida	38.6	34.5	40.2
Compuesta	9.6	9.5	9.6
Total	100%	100%	100%

Fuente: ENSE, 1994, CONAPO, México.

generaciones de mujeres no se vieron influidos por programas de control natal, además del indudable origen rural de las mujeres urbanas, de ahí que ambas registren niveles muy altos de fecundidad. No obstante, sí se pueden apreciar diferencias en función del tipo de familia que encabeza la mujer. El promedio más alto lo registran las mujeres que actualmente encabezan hogares que tienen cónyuge.

En general, podemos confirmar lo señalado por García *et al.* (1982) en el sentido de que los hogares dirigidos por mujeres ancianas, al igual que en los otros con jefatura femenina, muy pocos cuentan con cónyuge y su composición de parentesco se aleja con frecuencia del modelo nuclear que contempla sólo la existencia de hijos solteros en el hogar. De ahí que estos hogares se caractericen por arreglos de participación económica distintos a los que predominan entre los hogares con jefes hombres; es decir, se organizan en forma diferente y el rol del trabajo de la mujer varía dependiendo del tipo de hogar.

Destaca que la participación en el mercado laboral de las jefes de hogar sea más alta en las áreas urbanas y, como contraparte, en menores porcentajes estas jefes se dedican al hogar. En las ciudades, el 44.4% de las mujeres que viven con su cónyuge y con hijos están insertas en el mercado laboral. Esta situación es resultado de la edad en que se encuentran las mujeres que pertenecen a este tipo de hogar: el 100% se encuentran en la categoría de ancianas jóvenes (de 60 a 69 años). Los datos apuntan a que las mujeres jefes que tienen cónyuge se encuentran en edades más jóvenes y conforme avanza su ciclo de vida, éstas tienden a quedarse sin pareja. Es en edades más avanzadas cuando la jefa de familia puede apoyarse en sus hijos o hijas mayores, así como en sus nueras y yernos, para que contribuyan con sus ingresos o ayuden en las tareas reproductivas.

En los hogares extendidos rurales la participación económica de la jefe es menor (16.3%) que en los otros tipos de hogares; aquí la presencia de otros aportadores de fuerza de trabajo es indudable. Las mujeres que no están insertas en el mercado laboral debido a su condición de "incapacitadas" son más numerosas en el campo: 7.8% frente a 5.1 en las áreas urbanas.

Se ha destacado que el anciano requiere, como parte fundamental de su vida, la pertenencia a una familia y el estrechamiento de lazos de solidaridad recíprocos. En el ámbito rural la ayuda recibida por la mujer jefe de hogar proviene principalmente de un miembro masculino (52.4%), mientras que en las ciudades, el papel femenino es más importante como apoyo a la jefe del hogar. Cuando se analiza el tipo de ayuda que la jefe del hogar recibe de su familia, destaca la falta de apoyo que en general reciben las mujeres de los hogares nucleares, esto puede ser resultado de que en estos hogares la mujer cuenta con su cónyuge.

La satisfacción vital es el resultado de una buena salud y una mejor calidad de vida. Varios estudios han destacado que el grado de satisfacción depende tanto de la personalidad del sujeto, como de su ambiente presente de acuerdo con sus propios logros y metas. Se han identificado a la salud, las relaciones afectivas entre el sujeto y su familia, así como a la independencia material y psicológica, como las variables que contribuyen a la satisfacción vital, aunque no debe olvidarse que "cuando las limitaciones aparecen en sus vidas no son únicamente producto de cierto declive biofisiológico, sino resultado de las transformaciones de sus posiciones en las estructuras sociales, culturales y económicas. Su separación progresiva del mundo social en el que han transcurrido sus vidas se convierte en muchos casos en la mayor fuente de desazón y sufrimiento" (Rodríguez, 1994:X).

En general, la mayoría de las ancianas entrevistadas declararon sentirse satisfechas con su vida (78.9% en la ciudad y 68.8% en el campo). La mayor *insatisfacción*, tanto en las zonas rurales como en la ciudad, la experimentan las mujeres que viven solas. Las consecuencias de la insatisfacción ante la vida para cualquier individuo y especialmente para los ancianos consiste en los sentimientos de soledad y rechazo que muchas personas reciben por parte de los hijos, así como las emociones que viven ante el envejecimiento y la muerte, agravado todo ello por el ambiente social y cultural que relega a la anciana o anciano a un estado de pasividad y propicia su deterioro físico y mental. En concreto, las ancianas que señalaron estar *satisfechas* con su vida fueron las mujeres que encabezan hogares extendidos, aquí destaca el rol que en este tipo de hogares indudablemente desempeña la jefe del hogar.

En el campo, las mujeres que encabezan hogares nucleares con cónyuge experimentan satisfacción con la vida si residen junto con sus hijos, pero cuando éstos ya se han ido y se convive sólo con el cónyuge, la mujer experimenta mayor insatisfacción. No sucede lo mismo en los hogares urbanos, en los que la mayoría de las ancianas con cónyuge declararon sentirse satisfechas, aun cuando sus hijos ya dejaron el hogar. Con esto se confirma que la familia constituye una red importante de apoyo a la mujer anciana y que la satisfacción de la jefe de hogar está en función de sentirse rodeada de su familia, la cual constituye su centro fundamental de interés vital.

De las mujeres ancianas jefes de hogar entrevistadas, el 53.9% son *ancianas jóvenes*, ya que tienen una edad de entre 60 y 69 años. 39.1% tienen entre 70 y 84 años, es decir, están en una etapa denominada como *transición* y sólo el 6.9% son mayores de 85 años; a este grupo se le denomina *ancianas viejas*. Estos diferentes ciclos vitales de la vejez son vividos de forma diferente, ya que la satisfacción vital varía a través de ellas bajo la influencia de los diferentes estados de salud mental, física, de relaciones de amistad y de variables socioeconómicas. Así, conforme la mujer anciana es más joven, experimenta en mayor medida satisfacción con su vida (el 79.6% de las *ancianas jóvenes* así lo declaró), pero a medida que avanza la edad, la insatisfacción aumenta. Sin embargo, esto no es igual para las mujeres de zonas rurales que para las residentes de las áreas urbanas. Las primeras se sienten más insatisfechas en general y por grupos de edad que las de la ciudad.

Las preocupaciones que más aquejan a las jefes del hogar son las de tipo económico. Aunque se ha señalado que las ancianas no le dan importancia al factor económico, debido a que suelen ajustarse a lo que tienen, no por ello ese factor deja de ser un problema común en esta etapa de la vida, ya que muchas ancianas son dependientes en lo económico de su esposo o de sus hijos (Arrijoa, 1985: 123). Lo económico fue declarado como la principal preocupación de las ancianas, y más por las mujeres del campo que de la ciudad (45.5% frente a 35.9%). En segundo lugar identificaron a la salud como preocupación de sus vidas, y ésta es mayormente sentida en las mujeres ancianas de los ámbitos urbanos.

Las tres cuartas partes de las ancianas, independientemente del ámbito donde residan, consideran su estado de salud como regular o bueno y lo identifican como propio de su edad, pues consideran que este es similar (46%) e incluso mejor (45%) que el de otras mujeres de su edad. Diversas investigaciones han demostrado que en su gran mayoría las personas de edad gozan de buena salud, sin que haya habido una disminución de la capacidad mental o física considerable.

Ello nos hace suponer que la mayor preocupación de la mujer se refiere a que por razones de salud pierda su independencia, pero sobre todo a su imposibilidad de "dar". Si toda la vida ha visto por los otros, difícilmente puede aceptar que los demás vean por ella, lo que no ocurre con el anciano varón.

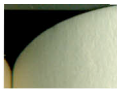
Por otro lado, las condiciones y esperanza de vida femeninas más largas que las de los hombres llevan a que la mayoría de las mujeres casadas cuiden a sus esposos incapacitados hasta su muerte. Luego, ya fallecido su esposo, se enfrentan a varios años de incapacidad personal en los que con frecuencia deben vivir solas.

Más allá de las fuerzas físicas hay fuerzas morales que perduran, y *envejecer* bien es todavía un regalo que uno puede ofrecer a los suyos, aun cuando ya no se disponga de casi nada más que dar. ¿Acaso no sería la última satisfacción de una mujer el llegar, hasta su último aliento, a animar con su propia vida la vida de su descendencia, con la esperanza de legar una imagen cuya acción pueda prolongarse de modo bienhechor el mayor tiempo posible, más allá de su último día? Nos referimos a una vida realizada y satisfecha como mujer y en las mismas condiciones de igualdad que el hombre.

Bibliografía

- Acosta, F. (1994), "Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina", en *Las mujeres en la pobreza*. GIMTRAP. El Colegio de México.
- (1995), "Participación femenina, estrategias familiares de vida y jefatura femenina de hogar: los problemas de la jefatura declarada", en *Estudios Demográficos y Urbanos*. Vol. 10, Núm. 3, sept-dic. El Colegio de México.
- Aranda B., Josefina (1995), "La Mujer Campesina en México", en *Revista Este País. Opiniones y Tendencias* No. 46. Enero México, D.F.
- Arango de Carvajal, A. (1992), "Socialización y Vejez" en *Cuadernos de familia*. Facultad de desarrollo familiar. Universidad de Caldas, Manizales.
- Arrijoja, G. (1985), *La anciana en el contexto familiar en análisis clínico*. Tesis para obtener el Título de Licenciado en Psicología. UNAM, México.

- Barquet, M. (1994), "Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres", en GIMTRAP (Grupo Interdisciplinario sobre la Mujer, Trabajo y Pobreza), en *Las mujeres en la pobreza*. El Colegio de México, México.
- Bialik, R. (1988), "Perfil de la anciana mexicana: un estudio descriptivo-comparativo", en *La investigación sobre la mujer: informes en sus primeras versiones*. Serie Documentos de Investigación, Núm. 1. PIEM-EI Colegio de México. México.
- Blanco, M. (1995), "La participación laboral de la mujer en el México urbano de los ochenta", en *Revista Este País. Opiniones y Tendencias* No. 46. Enero México, D.F.
- Casals, I. (1982), *Sociología de la ancianidad en España*. Editorial Mezquita. Madrid.
- Chalita, P. (1992), "Sobrevivencia en la ciudad: una conceptualización de las unidades domésticas encabezadas por mujeres en América Latina", en Massolo, A. *Mujeres y Ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*. El Colegio de México. México.
- De Beauvoir, S. (1980), *La Vejez*, Editorial Herrnes Sudamericana, México, D.F.
- De Oliveira, O. (1990), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Aguiar, N. (coord.) *Mujer y Crisis. Respuestas ante la recesión*. Mujeres por un Desarrollo Alternativo (MUDAR) y Editorial Nueva Sociedad. Brasil.
- Erickson, E.H. (1985), *El ciclo vital completado*. Edit Paidós. Buenos Aires.
- Esquivel, T. y C. Sánchez-Mejorada (1995), "Condiciones de vida y política social para la población de la tercera edad", en *Revista Sociológica*, No. 29, Año 10, septiembre-diciembre, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- García, B., H. Muñoz y O. DeOliveira(1982), *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*. El Colegio de México e Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- (1989), "Familia y trabajo en México y Brasil" en De Oliveira, et al. (Comp). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. UNAM, Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México. México.
- González, M. S. (1991), "Los Ingresos no Agropecuarios, el Trabajo Remunerado Femenino y la Transformación de las Relaciones Intergenéricas e Intergeneracionales de las Familias campesinas", en *Textos y Pretextos. Once estudios sobre la Mujer*. PIEM/COL-MEX.
- González, S: (1993), "Hacia una antropología de las relaciones de



- género en América Latina", en *Mujeres y relaciones de género en la Antropología Latinoamericana*. El Colegio de México.
- Ham Chande, R. (1995), "Epidemiología del envejecimiento: una fase más de la transición demográfica", en *Estudios demográficos y urbanos*. No 30, Vol. 10, Núm. 3 sept-diciembre. El Colegio de México.
- Hareven, T. (1978), "La última etapa: la adultez y la vejez históricas", en Erikson, E. *La adultez*: FCE, México.
- Hernandez, R. (1992), "El envejecimiento de la población en Cuba". en *Estudios Demográficos y Urbanos*. Vol. 7, Núm. 2 y 3, Mayo-diciembre, El Colegio de México.
- Lagarde, M. (1990), *Cautiverios de las Mujeres Madresposas, Monjas, Putas y Locas*. FFyLIU AM, México, D.F.
- Leñero, J. (1993), "El anciano como sujeto activo de nuestra realidad sociodemográfica", en *Población y calidad de vida*. Consejo Estatal de Población. Nuevo León. No. 1, Enero.
- López Barajas, M. P. (1993), "Contextos Domésticos de la Población Anciana", ponencia presentada en el Seminario Sobre el Envejecimiento Demográfico en México, Somede, mimeo.
- Lopes Cavalcanti, Z. (1990), "Crisis, situación familiar y trabajo urbano", en Aguiar, N. (coord.) *Mujer y Crisis. Respuestas ante la recesión*. Mujeres por un Desarrollo Alternativo (MUDAR) y Editorial Nueva Sociedad. Brasil.
- Miraillet, P. (1965), *La vejez. Problema de hoy*. Groupe Lyonnais d'Estudes Medicales. De. Razón y Fe. S.A., Madrid.
- Ojeda, N. (1989), *El curso de la vida familiar de las mujeres mexicanas. Análisis sociodemográfico*. UNA M y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. México.
- ONU.(S/f). "El envejecimiento y la incapacidad en hombres y mujeres", en *Las Naciones Unidas y la cuestión del envejecimiento*, Día Internacional de las personas de la Tercera Edad: 1 o de octubre. Mimeo.
- Poniatowska, E. (1992), "Yo soy de nacimiento cobarde. He temido muchas cosas, pero lo que he temido más es la soledad", en *Debate Feminista*. Año 3, vol 6, Septiembre. México, D.F.
- Redondo, N. (1990), *Ancianidad y pobreza. Una investigación en sectores populares urbanos*. CEPEv-Humanitas, Argentina.
- Rodríguez, J. (1994), *Envejecimiento y familia*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI de España Editores, S.A., Madrid.
- Sanchez-Mejorada, C. y Teresa Torres (1991), "Cotidianidad y modalidades del trabajo de las mujeres de una colonia popular", en *Textos y Pretextos. Once estudios sobre la Mujer*. PIEM/COLMEX, México.